



Madrid Cómico

Director: LEOPOLDO ALAS (CLARÍN)

Redactor Jefe: LUIS RUIZ DE VELASCO

PLAN DE CAMPAÑA



Rey. 57.

—Partiendo del principio de que usted es ministro de la Guerra, y yo lo soy de Estado...

20 cénts.



DE TODO

UN

POCO

Durante la pasada semana hemos experimentado grandes emociones, como consecuencia natural de las grandes mentiras.

Por un lado la prensa, por otro la Bolsa y por otro el afán inusitado de

dar noticias sensacionales; ello fué que la gente se ha emocionado más de lo justo, y que durante ocho días no hemos tenido un solo momento de tranquilidad.

A lo mejor, se estaba V. peinando, con el propósito de ir á las Cortes, por si se le ocurría pedir la palabra á cualquiera de los innumerables yernos que pueblan aquellos escaños, y llegaba hasta el fondo del gabinete la voz del *golfo* periodístico, que recorría las calles gritando:

—¡El extraordinario del *Besugo patriótico!*

Y dejaba V. el peine para abrir el balcón y llamar al *golfo*.

Cinco minutos después leía V. con ansia devoradora la hoja impresa, en la que aparecían noticiones como este:

“Un cañonero español ha apresado en aguas neutrales un monitor yankee, de 12,345 toneladas y cinco torres, que conducía veintiocho millones de dollars en oro y siete y medio en calderilla.”

Usted, como es natural, se entusiasmaba, prorrumpiendo en vivas frenéticos á la marina, á Bermejo, á la pólvora sin humo y á D. Alberto Aguilera, que viene á ser la personificación de todo lo grande.

Después llamaba V. á su señora é hijos y les obligaba á tararear la marcha de *Cádiz* en familia.

Después se iba V. al café lleno de júbilo, y abrazaba al mozo, al vendedor de las cerillas, al encargado del mostrador y á sus compañeros de tertulia.

—¡Viva España!

—¿Qué sucede?

—¿No los sabéis? Que hemos apresado un buque yankee.

—¿Nosotros?

—Nosotros precisamente, no; pero sí nuestros barcos.

—¿Por quién lo has sabido?

—Por el *Besugo*.

—¿Qué *besugo*? ¡Andan tantos por ahí!

—Me refiero al periódico...

—¡Ah! ¿Pero tú das crédito á las noticias de los periódicos?

—¡Naturalmente!

—Pues has de saber que la noticia es falsa.

—¡Cielos!

Y V., que había estado gozando durante una hora

con la noticia, y se ve defraudado de pronto, se desata en interjecciones feas y concluye por volverse á su domicilio con un humor de dos mil demonios.

Desde que ha comenzado la guerra, son tan contradictorias las noticias de los periódicos, que no sabemos si alegrarnos mucho ó si entristecemos hasta la desesperación.

Yo creo que lo más oportuno sería adoptar un término medio y poner en duda lo mismo las noticias favorables que las adversas, aunque sin imitar al señor de Cóngriez, hombre serio, que no se entrega jamás á las exageraciones, como él dice, y se pasa la vida dando consejos profundos.

¡Cuando oye decir “¡mueran los yankees!”, frunce las cejas y exclama:

—No estoy conforme con esos gritos. Hay que huir de todo lo que sea exageración... Yo he conocido yankees muy simpáticos y excelentes dentistas. Tengo un amigo que está de profesor en la escuela dentaria de Filadelfia, y puedo asegurar á Vds. que es muy buena persona, aunque cuáquero. Sacando muelas no hay quien le aventaje; á mí me sacó una con un estoque en París, el año de la Exposición. Las saca con cualquier cosa, según sea la muela, empleando, ora los alicates, ora el formón, ora el berbiquí.

El propio Sr. de Cóngriez se declara en otra ocasión enemigo de Mac-Kinley y de todo lo que huele á América del Norte, y dice:

—No apruebo la conducta de los neoyorkinos, ni de los washingtoneros, ni los chicagones; no señor. Eso de apedrear nuestro escudo, es un acto á todas luces reprehensible. Las exageraciones no están bien en ninguna parte, ya sea en Europa, ya en Ultramar. El hombre no debe proceder irreflexivamente.

De todo lo cual resulta que el señor de Regúlez es uno de nuestros primeros cursis... y uno de nuestros segundos egoístas.

Pero para egoístas los que acuden á cambiar por plata los billetes de Banco y andan por ahí con la cara triste diciendo:

—¡Dios mío! ¿Qué va á pasar aquí? ¿A dónde vamos á parar? Yo no sé por qué nos hemos metido en eso de la guerra. ¿Querían los yankees la isla de Cuba? Pues habérsela dado. ¿Quiéren las Filipinas? Pues que carguen con ellas.

—Pero, hombre, ¿y el patriotismo?

—¿Y el capital? ¿Y los cambios? ¿Y la baja del papel? Ya se dice que van á aumentarnos la contribución y que se establecerá un nuevo impuesto sobre el alumbrado. ¡Fígrese usted! Además, yo uso los calcetines de hilo de Escocia, y seguramente subirán de precio... Ya, ya; buena la han armado los patriotas.

En fin, con motivo de la guerra hemos llegado á averiguar que hay mucha gente en España indigna de Sacramentos.

Luis TABOADA.

EL MUERTO AL HOYO...

... Nessun maggior dolore,
Che ricordarsi del tempo felice
Nella miseria...

DANTE.

I

Se sentaba detrás de los cristales; yo me colocaba á sus pies; su nodriza, mujer de unos cincuenta años, protegía nuestros amores. En aquel cuartito, pequeño y pobre, con sus noventa escalones, era donde mis ojos la encontraban más bella; allí, despojada de su alíveza, la veía, si no como realmente era, al menos como mi corazón la deseaba. ¡Cuántas horas he pasado contemplando su hermosura! Me parece que la veo todavía, reclinada su frente en el cristal, apoyada su mano sobre mi cabeza, contemplando, distraída, cómo se ocultaba el sol ante nuestros ojos tras los montes del Guadarrama en las tristes tardes del invierno.

Desde los balcones del cuartito de la protectora de mi amor se descubrían los altos cornisamentos de Palacio, las verdes cumbres de la Casa de Campo y los elevados picos de la sierra con sus plateadas vertientes y sus azuladas colinas; las nubes dibujaban en el horizonte, al ponerse el sol, caprichosos jeroglíficos, en los cuales creía ella leer nuestro destino.

Si fuera yo á escribir todo lo que he sentido en aquellas horas, no acabaría nunca; el que haya esperado á una mujer querida lo comprenderá sin que yo se lo cuente. El silencio que rodea al que espera, la agitación que produce el ruido más leve, sentir los latidos del corazón, que se salta del pecho cuando el crujir de la seda trae hasta nosotros el anuncio cierto de la llegada del objeto de nuestro amor, y contemplarla luego agitada por el cansancio, y asustada, quitarse el sombrero con mano temblorosa, y oír sus primeras palabras, y encontrar sus ojos fijos en los nuestros, y decirnos con ellos: "¡Mira á cuánto me expongo por ti y cuánto te quiero!"

¡Qué tardes! La Naturaleza nos acompañaba con su dulce melancolía. ¡Qué de historias nos hemos contado! ¡Qué de proyectos hemos hecho! ¡Cuántas esperanzas se han albergado en nuestras almas!

Solía yo tener allí algunas novelas, las cuales hojeaba cuando no podían verificarse nuestras entrevistas, y luego ella me las leía de nuevo y las comentaba, y tenía celos de todas las mujeres que encontraba en aquellos libros, y aquellos celos eran mis delicias.

Todo cuanto nos rodeaba había llegado á tener relaciones con nuestros amores, con nuestros delirios. Las torres de los edificios cercanos eran como unas amigas acostumbradas á presenciar nuestra dicha. ¡Cuántas veces disputaba conmigo hasta convencerme de que los grupos de nubes que se formaban al ponerse el sol eran los mismos de otras tardes que no querían irse sin darnos el último adiós!

Los pájaros y las palomas que revoloteaban por los tejados de la vecindad, causaban nuestra envidia; ellos eran libres, libres como el aire en que volaban; vivían juntos, siempre juntos; ¡cuán felices no debían ser! En tanto nosotros sólo podíamos vernos en aquel reducido cuartito, en aquella especie de cár-

cel, más suntuosa, sin embargo, para mí, y más querida que los palacios de todos los reyes de la tierra.

¡Cuántas horas hemos pasado observando la vida y los amores de nuestros vecinos! Se posaba de ordinario en una torre que había enfrente del balcón de nuestra casa, un palomo más esbelto, más bello y más galán que todos sus compañeros: eran sus alas cenicientas, y en su cuello relucían plumas doradas y azules; su paso era majestuoso como el paso de un



galán del siglo XVI, y colocaba su cabeza con altivez como un guerrero vencedor. Era el coquito de todas las palomas del barrio: nosotros le llamábamos el León, el Favorito y el Don Juan.

II

Llegó un día en que sus arrullos, contestados por arrullos más tiernos, nos hicieron descubrir el secreto de sus amores.

Una paloma más blanca que el armiño pasó volando cerca de la torre en que se posaba el Favorito, viniendo á descansar á su vez en una chimenea

inmediata. Entonces comenzó el coloquio más dulce; los amantes luchaban en hermosa y donaire, y los galanteos del conquistador se estrellaban ante la dulce coquetería de la paloma.

Ella hacía gala de todos sus atractivos, él de todas sus seducciones; al verlo recordábamos nosotros nuestra primera mirada de inteligencia, nuestras primeras frases de amor. Le decía yo que era más coqueta que la paloma, y eso la llenaba de un orgullo que en vano quería disimular.

El Favorito ganaba cada día más terreno; ya la paloma se paraba en la misma torre, y se acariciaban, y ella descansaba su pulida cabeza bajo el ala del galán y volaban el uno tras del otro, remontándose a veces hasta las nubes y bajando otras a picotear en los nidos que cultivaba la nodriza en nuestro mismo balcón.

Llegaron, en fin, á ser nuestros compañeros; el espejo, la imagen, el retrato vivo de nuestro amor.

III

Una tarde oscura y lluviosa, tristes y pardas nubes avanzaban hacia nosotros, descomponiéndose en diferentes grupos que daban paso á otras aún más negras. El celaje se cortaba formando contornos horribles; algunos rayos de sol se descubrían á lo lejos pálidos y fugitivos; los pájaros de la ciudad se ocultaban bajo las tejas, y las palomas huían á sus nidos; nuestro Favorito y su amada fueron los últimos que volvieron á su palomar.

De pronto vimos una columna de humo, y luego se oyó la detonación de un arma de fuego. El capricho de un cazador cruel había destruido aquella felicidad que nosotros tanto envidiábamos.

Cayó la paloma herida sobre la cornisa de una chimenea inmediata, y su tímido compañero huyó desprovisto. Jamás veré rostro más tierno, expresión más dolorosa que el de aquella mujer, cuya alma parecía, en ocasiones, susceptible de una ternura que me desagradaba, porque el verdadero sentimiento huye de las exageraciones.

Con mi sangre toda hubiera querido yo rescatar la que vertía aquella preciosa ave, cuya vida estaba en inminente peligro. En una ventana inmediata á la chimenea en que había caído la paloma, un gato rompía con sus garras un enrejado de débiles alambres que lo separaba de su codiciada presa; los hilos del enrejado iban cediendo al furor de aquella verdadera fiera; un esfuerzo más, y la paloma iba á ser devorada irremisiblemente.

¿Qué hacer? ¿Cómo salvarla? Llegar al sitio en que estaba, era punto menos que imposible; pero á mi lado lloraban unos ojos hermosos; unos ojos que yo amaba con toda la fuerza de mi alma. La impotencia es siempre un gran tormento; pero la impotencia, para conseguir lo que desea la mujer que nos enamora, es, sin duda, un regalo del infierno.

La noche avanzaba, y con ella la tormenta; llovía á cántaros, los relámpagos que iluminaban de continuo la atmósfera, nos permitían ver á la paloma, cuya vida pendía, realmente, de un hilo. La proximidad de la presa excitaba los deseos del gato, que rompía los alambres, ávido de arrojarse sobre la paloma y de devorarla; la mirada de aquel animal astuto contrastaba singularmente con la de la simpática ave, en cuyos ojos se descubría tanta resignación como inocencia.

Había llegado la hora de separarnos. ¡Cuánto daría yo por poder contar, tal como ella se los imaginaba y me los refería, los tormentos que estaría pasando la pobre paloma!

—Figúrate—me decía—la situación horrible en que se encuentra, helada, cayendo la lluvia á torrentes sobre ella, teniendo bajo su vista el hondo precipicio de la chimenea, al pie de cuyas negras paredes descubrirá el fuego que arroja ese humo, tan tenebroso como lo sería para nosotros el que arrojase el cráter de un volcán; rugiendo el viento sobre su cabeza y teniendo delante una muerte casi segura.

—Y sobre todo—la contesté—no ver más á la preñada de sus amores.

Hube de pronunciar aquella frase dando á conocer el sentimiento que se había despertado en mi alma porque semejante idea no se le hubiese ocurrido, y ella, que lo conoció, inclinó su cabeza sobre mi pecho y me miró como avergonzada; su frente rozó entonces con mis labios, y mi sentimiento concluyó, y mi pena quedó pagada con usura.

IV

Nos separamos, era preciso. A la tarde siguiente no vino, lo que no era de extrañar, porque el tiempo seguía por demás tempestuoso; aunque había cesado la lluvia. No tenía esperanzas de verla, y sin embargo, una fuerza sobrehumana me detenía allí.

Su ausencia, para mí siempre triste, lo era más que nunca entonces, por no haber podido salvar á la paloma por quien se interesaba tanto. En la cornisa de la chimenea había aún algunas plumas ensangrentadas que me hicieron comprender cuál había sido la suerte de la amante de Favorito. El gato vino más tarde y estuvo lamiendo la sangre de su víctima, saboreando así ante mis ojos con gran júbilo los restos del festín.

El tiempo serenó dos días después, y la volví á ver más bella, más tierna, más cariñosa que nunca; casi se la saltaron las lágrimas al saber el trágico fin de la paloma; pero, á pesar de todo, y dando una prueba de mal corazón, como ella decía, el júbilo rebosaba en nuestras almas; estábamos juntos, juntos después de dos días de ausencia; ¡cuarenta y ocho horas sin vernos!... El reloj que ha de medir el tiempo que pasa entre cita y cita de dos amantes no se ha inventado todavía.

Por una variación muy frecuente en su carácter, cuando llegó al día siguiente estaba menos alegre; y preocupada me contó un sueño que había tenido la noche antes, en el cual me había visto en los brazos de otra mujer. Por más que la dije, me fué imposible tranquilizarla; no creía en mis palabras, y abrió el balcón y se asomó á él, cosa que hacía siempre que se enfadaba conmigo.

En aquel momento, y en mala hora, se presentó á nuestra vista Favorito. No estaba triste ni afligido, sus arrullos eran tan alegres como los de otros tiempos, se volvía y revolvía con más gala que nunca, arrastraba orgulloso su cola como rey en día de corte, y tenía á su lado una nueva favorita; volaban y revoloteaban ambos con alegría, pasando y repasando muchas veces sobre la misma cornisa de la chimenea en que había muerto la otra paloma.

—¡Así son los hombres!—me dijo derramando una lágrima que no olvidaré nunca.—Ese palomo es el retrato de todos ellos; el muerto al hoyo.

V

.....
 Dos años después pasó un carruaje á mi lado; el cubo de una de sus ruedas casi me rozó, llenándome de todo sus salpicones. La fina raza de los caballos que lo arrastraban, el lujo de sus arreos y las ricas libreas de los lacayos, formaban armonía con la elegancia y riqueza de la dama que iba dentro; un hombre, que no quiero calificar, la acompañaba.

A través del velo azul de su sombrero, pude conocerla. Era ella, ella, con más hermosura, con más alegría, más dichosa que nunca.

Entonces recordé aquellas lágrimas y aquella frase: *«¡Así son los hombres! Ese palomo es el retrato de todos ellos; el muerto al hoyo.»*

Y la verdad es que tenía razón, el refrán es cierto. ¿Qué sería de la humanidad si no lo fuera?

Cervantes lo ha dicho: El olvido es un don del cielo.

Los hombres, como los palomos, arrojan el muerto al hoyo; las mujeres echan tierra sobre los vivos.

E. DE LUSTONÓ,

HOJA DE ALBUM

Hoja de un album... futuro,
para que escribas, me mandas?
Yo te agradezco el presente;
pero el futuro me alarma.

Que habrás de hallarlo imperfecto.

A las poéticas alas
de esas otras hojas te escriban
una palabra verso comprada.

Se me cortó la coleta
de lirios y no hay en casa
para una lira ni un laúd
ni una arpa vieja ni nada.

Si quieres que te cante.

por ejemplo, que eres guapa,
y joven, y por eso por eso,
y elegante, verigracia.

Te pido que hables en forma

del que pregona "Las plantas
de decarios dobles", se
open temprano se compran.

Pero como me fijaron
que así no te había gracia
y yo me volví... de canto.....
mucho peor que de cara.

quiero ser franco contigo
lo cual es una ventaja
hay que han subido los cambios
y es preciso hablar... en plena

es preferible en materia
de canto alguien no canta
que cante la palinodia
y sea si voy a cantarla.

A mi me ataca a los nervios
el album de una muchacha
y a decirte cuando
y porque me los ataca.

Cuando yo no la conozco
como... contigo me para
y porque no sé si es fea
o no sin verla la cara.

Porque yo soy un sucedáneo
esperitarse en las plumas

por el mismo ojo de treinta
y cuatro navas de chatas.

Se han dicho que eres muy buena.

pero es a mi no me basta

si quieres que yo escriba.

Menos de verlos los caros.

Mientras tanto yo me voy
a escribir una palabra

y estoy pegando la hoja

me da muchísima lastima

deja pues que me desquice

de las tal hojas de la memoria

por ser muy... hoja de verso

por ser un tanto... de espacio

Hoja que de tus ideas

viñetas de palabras y palabras

eres; para mi gobierno

hoja revolucionaria.

Hoja de laurel sería

para un poeta alfama;

para mi almirado ingenio

sería hoja... de parral.

No es extraño que mi verso

no meo que nunca valgan

por tanta las cosas de oro

con hojas suben a falsas!

Adios: dobles las hojas,

es que piden dobles,

para llevar verso mío

debe ser hoja... de lata.

Carlos Luis de Cuenca

MUSA

ALBUM

Navarrete



DE LITERATURA

CHULAPERIAS



Con decir que el libro es de López Silva y que se titula *Chulaperias*, queda hecha su crítica sin necesidad de gastar más prosa en alabanzas. Ricardo Vega dió á López Silva patente de *barriobajero*; Picón le colocó entre sus iguales, los dioses mayores del género picaresco; Cavia certificó la bondad del *filete* con que hace sus guisos; Dicenta saluda en él al escritor castizo, español neto, limpio de extranjerismos á la moda. Y como si esto

no fuera bastante, *Clarín*, en varias ocasiones, ponderó la gracia, la frescura, la facilidad de esos diálogos *lopez-silvistas*, tan deliciosos como inimitables. Díganmelo si no á mí, que semanalmente tengo por obligación que leer pretendidas imitaciones, algunas de las cuales están bien versificadas y no carecen de gracia, ni de verdad, y que, sin embargo, les falta algo... qué sé yo... la madrileñería pura que López Silva tiene. Es eso, que López Silva tiene el alma madrileña, y siente, y piensa, y habla en madrileño; los que le imitan, ó repiten lo que él dijo ó copian lo que oyeron, no les sale de adentro; su chulería es postiza; por eso todos, menos él, *inimitable*, resultan falsos y afectados. Y los que acusaban á López Silva de monotonía, censurando la presentación de los mismos tipos, siempre los más

dañinos y sanguinarios,
y golfos y sinvergüenzas
y menfis y mamarrachos,

quedarán contentos al ver en *Chulaperias* chulos honrados, buenos, como Usebio el albañil *al pie de la obra*, esposo enamorado, padrastro, «hombre, que es un modelo de perfección», como él dice, y á quien nadie ha tenido que llamar nunca

borracho, ni mujeriego,
ni jugador, ni mal hombre,
ni sinvergüenza, ni cerdo;

como el carpintero de *Monólogo*, el «asesino honrado», el hombre de corazón que mata á la mujer que le falta:

... «yo, ciego, loco, borracho,
metí mano á la herramienta
¡y allí me quedé sin vida
porque se acabó la de ella!»;

como la Isabel de *Pólvora en salvas*, hacendosa y honrada, que quiere

«por vez primera y con ganas,

y

«¡ni el de arriba la doblega
con su poder!»;

como el soldado madrileño en *La Despedida*, soldadico de esos de quien dice López Silva:

¡Míralos como se batent!
¡Qué hombriccicos tan pequeños!
¡Qué corazones tan grandes!

Y todas estas buenas gentes saben manifestar sus excelencias, sin sensiblerías ni afectaciones, en lenguaje tan verdadero y castizo como los golfos sus marrullerías. Todos están cortados del mismo *filete* crudo y chorreando sangre.

¿Ustedes tendrán más gusto en leer á López Silva que no en soportar mi prosa? Bueno, pues copio á continuación *La Despedida* que es de oportunidad, retirándome por el foro, no sin antes enviar mi enhorabuena á López Silva, por la hermosura de su libro; á Huertas, por la belleza y gracia de los dibujos, y firmar—por la prosa,—que por los versos, ojalá pudiera.

Luis RUIZ DE VELASCO.

LA DESPEDIDA

¿Porque me voy al Cascorro
ú al Bolondrón ú á la China,
si se terciá, te acongojas
y te azaras y te achicas?
¡Vamos, cálfate y no llores
ni suspiros, flor de un día,
que no hay motivos pa tanto,
ni está bien que tú te añijas!
Una mujer andaluza,
y recriá en *Las Vistillas*,
que lleva fuego en las venas,
y que es chula, y que tié fibra,
como tú la tiés, no llora
mas que se vea las tripas
en el suelo y esté el gato
preparao pa echarse encima.
¡Conque sécate esos ojos,
y calla y que no se diga
que la moza de mis ansias
llora por cualquier pamplina!
¿Que si hablo en serio? ¡Pues claro!
¿Que si quiero que te rías
cuando me voy á la guerra
dejándote muertecita
de dolor? ¿Y tú que quieres,
morucha del alma mía?
¿Que me ponga á hacer calceta
cuando la patria peligra?...
Si tú vieses unos cuantos
sinvergüenzas en cuadrilla
martirizar á la madre
que te echó al mundo, ¿qué harías?
¿Darles caramelos? ¡Magras!
¿Estarte quieta? ¡Mentira!
¡Cogerlos por el gañote
y hacerlos almondignillas,
ó ser tú, de lo contrario,
más sinvergüenza entoa vfa!
¡Pues si yo veo á mi patria
débil, pobre y abatida,
y una piara de granujas
que salen de sus pocilgas
y que toos juntos no valen
dos riales en perras chicas,
la maltratan y la ofenden
al verla desfallecida
y desangrá... ¿Qué hace un hombre?
¿Dí? ¡Picarlos pa morcillas
y darles como recuerdo
las raspas á sus familias!
¿Que va á matarme la pena
cuando llegue á la manigua?
¡Como no me mate el tifus,
ya ties novio pa unos días!
Con tu retrato de chula
que llevaré siempre encima,
pa merendármelo á besos
cuando el cuerpo me lo pida;
con mi guitarra flamenca
pa recorda; noche y día
los suspiros de tu pecho
y tu cante y mis fatigas,
y con la *lengua de vaca*
que llevo aquí, en la mochila,
pa desocupar bandullos
y pa despenar gallinas,
no se muere tu moreno
de pesadumbre, chiquilla.
.....
Vaya, nena de mis ojos,
suelta ya que tengo prisa,
porque á las nueve nos cuclan
en el tren. Conque aproxima
pa acá esa cara, que parece
la de la Virgen Santísima,
y ven que te dé en la boca
dos besos de despedida.
¡Este pa mi pobre vieja
y este otro pa ti solita!...

J. LÓPEZ SILVA.

AIRES MURCIANOS

TREMPANICO (1)

I

¡Vaya una *held!* La escarcha *cuaja*ica
*pá*cece harina en la tierra,
 y de cristal y plata
 los tallos tiernecicos de la *guierba*...
 ¡Qué mañanica! El helorcico *c'hace*
*dist*a los *güesos* se entra;
 sin *juerza* el solecico
 á dar en los picachos *encomienza*;
 el airecico corta...
 ¡las palabras se *guielant!*...

II

¡Vaya una *held!* *Pa* Roque y *pa* Antonica
 ni *pá*cece que es *trempano* ni que *guiela*.
 Charla que charla están allá en el soto
pardos en la senda;
 él, que *pa* arriba *güel*ve
 con una carga e leña;
 ella que va *pa* 'l río
 con un lebrillo e ropa á la *cazza*.
 ¡Pero qué *embebecios* y *c'* á gusto!...
 él de su carga ni *siquid* s'acuerda;

á ella, el lebrillo, menos *entavia*
c' una pluma le pesa.

III

Ca ves están más juntos
 y *ca ves* más se ciegan:
 ¡*iciéndote* está Roque
 unas cosas más *güenas!*...
 Cosas que lo *mesmico*
 que las brasicas quemán;
 ¡cosicas que remueven *toa* la sangrel
 ¡cosicas que trastornan la *cazza!*
 Con *miraicas* solo
 Antonica contesta,
 pero ¡ay qué *miraicas!*...
 ¡*pa* no pecar, no veirlas!

IV

El lebrillico e ropa
 y la carguica e leña,
 junticos y sin *náide* que los guarde
 están á la orillica de la senda...
 y el sol está ya *artico*,
 y el *guielo* en los brazales se blanda,
 y se *errite* la escarcha,
 ¡y se esponja la tierra!

(1) De la primera serie de *Aires murcianos* que en breve se pondrá á la venta.

VICENTE MEDINA.

HUÉSPEDES ILUSTRES

LOTI



PEDRO LOTI

Novelista y marino, artista y soldado, el literato *Pierre Loti*, el oficial de la armada francesa Luis María Julián Viaud, el *immortal* más joven de la Academia Francesa, viene á España, en ocasión solemne, para rendir tributo de admiración y simpatía al heroico pueblo que supo realizar primero, y cantar más tarde, las hazañas épicas del Romancero, la patria del Cid y de Cervantes.

"*Pierre Loti*—dice Cavia—gloria de las modernas letras francesas, niño mimado de los más ariscos centros intelectuales y sociales de París, incansable *globe-trotter*, como dicen los ingleses, interrumpe sus excursiones mundo arriba y mundo abajo, porque al cabo encuentra un pueblo cuya "causa merece la pena de batirse."

La causa de España ha despertado las simpatías del soldado, su *beau geste*, ante el enemigo poderoso ha movido la sensibilidad del artista, y aquí viene *Loti*, dispuesto, según dicen, á tomar parte en la lucha y también á describirla del modo maravilloso que sabe hacerlo ese poeta-pintor, que da á su palabra el color de la pintura, la severidad de línea de la estatuaría.

MADRID CÓMICO se honra saludando al insigne artista, al valiente soldado, uniendo su voz á la de todos los buenos españoles, que ven personificadas en *Pierre Loti* todas las simpatías que Europa siente por España.



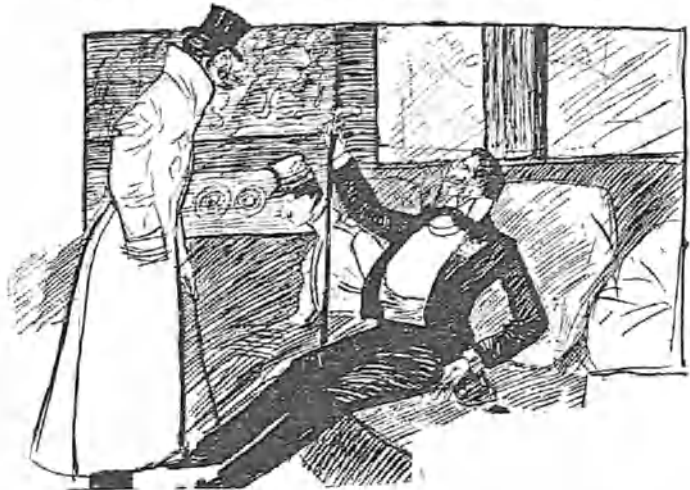
Cinematógrafo

- ¿Qué sabe usted de la obra?
—Es del género Tolstoï.
—¿Del Obispo de Avila famoso?
—No, señor, aquel fué "el Tostado, y no el Tolstoï.
—Es verdad; confundo los apellidos con facilidad pasmosa, en sacándome de los más corrientes...
—¿Se pierde usted?
—Y no será por desconocimiento de los autores y de sus obras y significación en la historia de la literatura.
—Se supone.
—¿El drama que estrenan esta noche es del día?
—De la noche.
—Quiero decir: "de nuestro tiempo."
—Sí, señor.
—El asunto es atrevido, según me han dicho. Un padre que, involuntariamente, se enamora de su hija, hermosa joven de veinte años, muda á la sazón, al par que enamorada de un tío carnal, hermano del padre, el cual se siente furiosamente apasionado por otra sobrina, prima de la muda é hija de la hermana del padre de la muda y del propio tío.
Este tío es casado y la esposa no lo sospecha.
—¿No sospecha que pueda ser su esposo aquel *hombretón*?

—No sospecha que su marido esté apasionado por la sobrina.
 —¡Ya!
 —Pero, á su vez, ella admite los obsequios de un primo.
 —Por si acaso.
 —Primo que adora á la muda y llega á pedírsela al padre.
 —¡Qué familia tan apreciable!
 —Hay un general...
 —¿Qué estará enamorado de todas?...
 —Las situaciones se suceden con rapidez vertiginosa, y la catástrofe es terrible. Por fin, la muda recobra el uso de la palabra...
 —¿Pide la palabra como los diputados en Cortes?
 —No; la recobra para publicar su deshonra y la del miserable á quien "debe el ser".
 —¡Deber es! Pero creo que nada de eso ocurre en el drama; ese á que usted se refiere será otro, que debe titularse: *Pulpos y sinvergüenzas ó doncellas para casa de los padres y la Multa di Portici*.
 Pero la mayoría de los inteligentes, en virtud de la propaganda realizada por varios de ellos, espera con impaciencia á la muda y familia.
 Y no aparecen, y el primer acto resulta insípido.
 Y el segundo silbable.



Y el tercero se levanta porque, ya próximo el desenlace, la primera actriz baila unas sevillanas.—La acción es en Sevilla.
 El público pide que se presente ó que le presenten el autor.
 Y sacan á escena al del drama, debiendo sacar al de las seguidillas.
 —La obra—dice al poeta el de "la muda y compañía"—es hermosa por la envoltura y por la finalidad y porque *jiede* á modernista! ¡Y qué ejecución tan completa!
 Coro de admiradores.—¡Qué obra!, ¡el clou ó el clown de la temporada! ¡Qué gallardía en la prosa! ¡Qué imágenes!...



Unos.—¡Y cómo está ella!
 Otros.—¡Y cómo está él!
 Otros.—¿Y el barba? ¡Qué bárbaro!
 Otros.—Tiene un gran papel.
 Los mismos, á la mañana siguiente, en uno de nuestros más repugnantes círculos literarios:
 —Es una bestialidad la obra.
 —Deberían intervenir el juez de guardia, el gobernador de Madrid, el de la Rota, el militar, el de Sanidad é incendios públicos.
 A la segunda representación no asisten más que "los precisos operarios," y varios señores gratuitos.

EDUARDO DE PALACIO.

¡VIDA!

A***

Aun cuando airado el mundo
 que hipócrita nos mira,
 combata con sus leyes
 nuestra dicha,
 apuremos el cáliz
 con que el amor espléndido nos brinda.
 ¡El mundo! ¡El gran imbécil!
 ¡Amar! ¡Esto es la vida!

—
 ¡Amor!, dicen tus ojos,
 ¡Amor!, dice tu risa,
 entre tus frescos labios
 de amor lascivos ósculos palpitan...
 Amémosos, hermosa,

mi encanto, mi alegría
 mi reina, mi tirana...
 ¡mi cautiva!

—
 Si pienso en ti, afanoso
 mi corazón suspira,
 sin ti siento en el alma
 nostalgias infinitas;
 la sangre en mis arterias
 por ti pujante y férvida se agita...
 arder quiero en el fuego
 que irradian tus pupilas:
 el mundo es un imbécil.
 ¡Amar! ¡Esto es la vida!...
 ¡Apuremos el cáliz,
 prenda mía!...

EMILIO FERNÁNDEZ VAAMONDE.

EL INGENIO DE CAPA CAÍDA

LA DIPLOMACIA, por Apeles Mestres.

No imitemos el mal gusto de los yánquis que acuchillan escudos, queman banderas, hacen autos de fe con maniqués, representan á España en figuras grotescas... *et sic de caeteris*.

¡No más cerdos ni más lugares comunes!

Huyamos de ese ingenio convencional que desperta la risa, la risa de ciertas gentes, como despertaba el ¡viva el rey!, el entusiasmo que dejaban dormir los malos cómicos.

* * *

Tratemos el asunto en serio, con gravedad de pedagogos pedantes antes que exponernos á decir ó dibujar chocarrerías.

Si el chiste se oculta, quedémonos sin él; pero no lo sustituyamos sacando á plaza el animal que no tiene desperdicio.

El patriotismo no debe tolerar que á su sombra se disfracen de ingenios los pobres de espíritu que no ven más allá de sus narices.

* * *

Bien está que en ciertos momentos de efervescencia patriótica consintamos ciertos deslices; pero so pretexto de poner en los cuernos de la luna á la madre patria, nunca debemos tolerar que nadie aproveche la ocasión para darse el gusto de dar suelta á la retórica manida que tiene almacenada... ni que nadie entre de balde en los teatros.

El amor á la patria es cosa seria y sagrada, y debe velarse para que no lo profane la golfería andante.

Los golfos de la tribuna.

Los del ingenio.

Los del teatro...

Y demás,

* * *

El patriotismo no exige que se prescinda del buen gusto.

Por eso es inexplicable que un diario noticiero se adhiera á un soneto del Sr. Grilo, que tenía catorce pies forzados..., pero sin cabeza.

El Sr. Grilo, entre otras cosas, decía que un madero tripulado por un marino español se convertía en un acorazado.

Y el diario, sin que nadie le llamase, hacía suyo el soneto.

Lo cual no es hacerse eco de la opinión y de la prensa, sino de los sonetos del cantor de las ermitas de Córdoba, que d^hían quedar envueltos en las sombras del olvido.

* * *

“Yo entiendo”,—en contra del Sr. Romero Robledo, y supongo que será también en contra de Gálvez Holguín, que es de los que se adhieren á Romero Ro-



—Señor Ministro...

—Excelencia...

—Un abrazo...

—Un apretón,
por el feliz resultado
que tuvo la intervención.

bledo—que el patriotismo impone el silencio cuando... no hay nada de particular que exponer al respetable público.

Decir que hay pánico, como dijo él en las Cortes, es un chiste de oposición de los que debieran castigarse, como los sonetos del Sr. Grilo, á obscuridad perpetua.

Pero aquí es imposible imponer ciertas penas.

La “sencillez” tiene miles de ecos... de la opinión y de la prensa.

* * *

Joaquín Moya, el ingeniosísimo caricaturista, uno de los pocos dibujantes que no son artistas manuales, hombres habilidosos á secas, sino artista inteligente que dibuja y que discurre sin ayuda de nadie, Joaquín Moya, contándome yo en el Ateneo que había visto en un escaparate un cochinito abierto en canal y sobre él un tarjetón que decía: “Mac-Kinley”, encontró, como yo, la ocurrencia digna de un tendero.

Al poco tiempo cosa semejante he visto reproducida gráficamente.

A mi amigo Moya pongo por testigo de que la “sencillez” tiene miles de ecos de la opinión y de la prensa.

Parece que nuestros ingenios se surten de *sprit* al mismo tiempo y en el mismo lugar que de garbanzos, aceite, etc.

En las tiendas de ultramarinos.

Sólo que el ingenio les sale por una friolera.

Les basta adherirse.

TOMÁS CARRETERO.



LOS DIEZ MANDAMIENTOS

INTERPRETACIONES.—VIII. No mentir.

Al que se lo dijo le rompió la cabeza con lo primero que encontró á mano: una botella de ron. Los separaron, llevaron el herido á la cocina y á él unos compañeros le sacaron del café antes de que aumentase el escándalo y llegasen los guardias.

Al cabo de media hora los compañeros, viéndole más sosegado, le dejaron solo, sentado en un banco, reflexionando, arrepentido de no haber matado al estrépido difamador de su mujer, de aquella pobrecilla encerrada siempre en casa cavilando para que de una peseta saliesen cinco reales; arrepentido de no haber arrancado la lengua al indecente, ¡maldito!, que insultaba al amigo con el que desde pequeño compartía secretos, alegrías, tristezas, dinero cuando había, hasta miseria.

Si su mujer llegaba á saberlo, se moriría; si el amigo lo averiguase, le daría una lección, á él, al marido, aplastando al canalla que babeaba calumnias.

Y el dolor que sentía de la calumnia levantada contra aquellos dos pedacitos de su corazón, imágenes del amor y de la amistad, religión de toda su vida de hombre, era tan fuerte, tan fuerte, que hasta después de mucho rato no paró mientes en que la afrenta era para él.

El corazón le dolía; parecía que se le rasgaba, como si se le estiraran desde el cráneo. Era que en el pensamiento por un instante se representó la duda, disfumada

entre nieblas. ¿Y si fuese cierto? No podía ser, mentira; no era, no había sido, no sería nunca.

¿Y ahora? ¿Estaba borracho? La duda volvía, surgiendo clara entre las nieblas como el rayo entre las nubes, y lo martirizaba, le hacía levantar del banco, y sin querer, inconsciente, dirigía sus pasos hacia la casa del amigo. ¿Si no estuviese? ¿Si estuviesen los dos?

Estaba solo.

El otro le conoció en la cara que le pasaba algo. No, no era nada. Y casi avergonzado, sonriente, acabó por confesarle que quería hacerle una pregunta y que no osaba temiendo se enfadase.

¿Cómo? ¿Cómo tenía escrúpulos con él? ¿Por qué se había de enfadar? Que preguntase lo que quisiera, le contestaría, le diría la verdad, entre ellos no había secretos.

Y cuando el marido deslizó la pregunta, el otro le contestó que sí.

ENRIQUE DE FUENTES.

Dibujo de Ramón Casas.

Pecuchet, diputado.

Al otro día del escrutinio general, Pecuchet, el gran Pecuchet, Presidente del Comité provincial del partido, vocal de la Asamblea nacional del mismo partido, ex concejal, Presidente de la Liga de Contribuyentes, socio de la Económica de Amigos del País; Pecuchet, digo, amaneció padre de la patria. Y dijo, lo primero, al abrir los ojos: «¡Señores!...» Después recibió á sus amigos—numerosos—y como sus vástagos hicieran ruido en el despacho, exclamó, dirigiéndose á su ilustre esposa: «¡Llama al orden á los niños!»

Una Comisión del partido pasó á felicitarle, y un individuo de la Comisión, en representación de sus compañeros, tomó la palabra y saludó al nuevo diputado, al respetable conciudadano, en quien «el cuerpo electoral» había depositado su confianza. Pecuchet, emocionado, contestó agradeciendo profundamente la susodicha prueba de confianza que de los electores había recibido al «investirle de la dignidad de representante de la nación»; prometió ser defensor celoso de los intereses morales y materiales del distrito, y terminó reiterando su «incondicional adhesión al jefe ilustre del partido». «Tartarin, il faut partir!», dijo en día memorable el capitán Bravida al invicto hijo de Tarascón; y aquí pudiera el cronista repetir lo que los correligionarios, el partido en masa, el pueblo entero dijo al excelso amigo de Bouvard: «¡Pecuchet, es preciso partir!» Y partió, en efecto, camino de la corte. La despedida fué cariñosa; vivas, aplausos, emoción extraordinaria cuando el nuevo diputado en la ventanilla saludó quitándose el sombrero. «¡Qué hable, que hable!», gritaron algunos amigos. Pecuchet intentó hablar.—«Señores: permitidme...»—pero la locomotora silbó y el tren se puso en marcha.

Ya en Madrid, se hizo tarjetas: *Pecuchet, diputado á Cortes por...* En las tiendas, á los dependientes que preguntaban á nombre de quién se habían de mandar los encargos, contestaba: *Del Sr. Pecu-*

chet, diputado. En el hotel hizo también constar su jerarquía: *Pecuchet, diputado.* Se sentía hombre público. Llamó la atención en el Congreso por su empaque trascendental. Romero Robledo le echó familiarmente el brazo al hombro y exclamó: «¡Pecuchet, usted es de los nuestros! Las oposiciones esperan mucho de usted... Siéntese usted con nosotros.» Desde entonces creyó en su porvenir; soñó con interpellaciones ruidosas, ministros que le encarecían tal ó cual asunto, votos de censura, fórmulas de transacción, subsecretarías, carteras. Y en vista de las circunstancias por que atravesaba el país, y como preparación á inminentes debates, se dió á estudiar Derecho internacional. Martens, Fiore, Calvo, Wheaton, armaron en su cabeza una regular trapatiesta. «Señor Pecuchet—le preguntaba un periodista—¿qué opina usted de la intervención?» Y Pecuchet, tras una breve pausa: «Distingamos; Martens...» «Sr. Pecuchet—decía otro—¿qué le parece á V. del arbitraje?» «Distingamos; Calvo...»

La noche antes de pronunciar su famoso discurso—ahí está en el *Diario de sesiones...* en cualquier página—se la pasó estudiando—á fondo—la cuestión. Habló con la tranquilidad de un veterano de la casa; sentó «hechos incontrovertibles»; estableció las diferencias que existen entre la intervención y la mediación; sacó á colación la historia de Roma, la Edad Media, la pérfida Albión, la perla de las Antillas, el pendón de las Navas, la balanza de comercio, y entendió él, en resumen, que «los Estados deben marchar hacia el cumplimiento de sus destinos», y que «la doctrina de Monroe es una protesta contra el principio de intervención reconocido por la Santa Alianza».

Aquel discurso fué su consagración de estadista. Pecuchet, desde aquel día, late en el seno de varias comisiones y celebra conferencias con el Presidente del Consejo. Cuando termine la legislatura volverá á su pueblo natal; le recibirá el partido en masa, habrá vivas y aplausos, y el ilustre hijo de la localidad tendrá que dirigir desde el balcón su elocuente palabra á las masas: «¡Señores: permitidme!...»

J. MARTÍNEZ RUIZ.

BELL MORIR

(CUENTO ANDALUZ)

Fernanda, la del barrio de Maravillas, provocando tormentas de amor y envidia, con un salero que le llenaba de ansias al mundo entero; la mantilla terciada y el cuello erguido, suavemente enlazados los piécecitos, acribillados á miradas por muchos enamorados; recostada en el fondo de una caleza

que volaba, arrancando fuego á las piedras, entusiasmada por llevar una moza tan requebrada; bajo un sol de verano que derretía, á ver, aquella tarde, los toros, iba; que un tabardillo se tomaba con gusto por Pepe Hillo.

¡Qué locura y qué gozo cuando Fernanda, escuchando requiebros, entró en la grada! ¡Si parecía que Dios centuplicaba la luz del día! ¡Si de aquellos ojazos, grandes y negros, brotaban claridades

y centelleos, rayos y luces que en su cielo no han visto los andaluces!... Salió bufando un toro de bella planta, y no había un valiente que lo matara, pues se veía que, aunque lo hicieran trozos no se moría. Ya gruñía la gente desesperada, cuando la citada bestia... miró á Fernanda, y al ver su busto, el pobre animalito ¡murió de gusto!

FÉLIX LORENZO

PROPÓSITOS GUERREROS, por Cilla.



—Tiene usted dos ojos, niña,
lo mismo que dos torpedos.
—Vaya usted á matar *yankís*
y no sea *mackinleiro*.



—Yo, chico, siento plaza en el primer regimiento que
marche á Chicago, y en tomándolo, que lo tomemos,
tomo yo una indigestión de tomo y lomo...
—Sobre todo de lomo.



A buen seguro dirá
la «Equitativa» *yanqui*:
¡Si buen águila quité,
buen reclamo conseguí!



—¡Si tomasen Nueva York...
y yo estuviera en la escuadra...
y dejasen por mi cuenta
las chicas americanas!...

CHISMES

Y CUENTOS

El Sr. Obispo de Guadix dice en una cosa que *El Correo Español*—nuestro amadísimo colega—titula *Canto de Guerra*:

«.. Aquella grandeza de nuestro siglo de oro desapareció.
«Aquella grandeza de nuestro siglo de oro desapareció»... (repite).

Desapareció, sí—repetimos nosotros—y especialmente de las literaturas de los amigos políticos de *El Correo*.

Cuyos amigos, en la presente ocasión, están dando repetidas pruebas de ardor bélico..., lo cual está bien, y de que escriben peor que habla Mella, lo cual está mal.

Que además habla muy mal del prójimo...

Y sigue el *Canto de Guerra*:

«Se dirá que nos dirigimos á vosotros, venerables hermanos é hijitos del corazón, con lenguaje propio de un soldado...»

Seguramente se dirá: pero ¿qué le importa esto al autor del *Canto de Guerra*?

Si se dice, que se diga.

Más dijeron de D. Carlos, y, sin embargo, sigue tan fresco haciendo de rey por esos mundos de Dios.

Y más han dicho del Sr. Moret, y sigue de ministro de Ultramar...

Y más ha dicho *El Correo Español* de personas honradas, y se sigue llamando cristiano.

No se fije en menudencias el obispo de Guadix.

Que ahí está *El Correo Español* para ayudarle.

Y además, es capaz de ir más lejos. Aunque es seguro que no llegará á Estella, no siendo en época de lucha... electoral.

El almirante Sampson, naturalmente, norteamericano—un almirante tan grande y con P., tenía que ser de la «gran» república—se ha pasado las mejores horas de su existen-

cia—dos fueron las horas—dando caza á dos barcos de guerra.

Los barcos huían como alma que lleva el diablo.

Como que pertenecían á la escuadra del almirante Sampson.

El almirante por esta hazaña ha sido destituido de su cargo.

Bien hecho. Por poco avisado.

El almirante Sampson viendo los barcos huir debióse al punto decir: «Son barcos de mi nación.»

Quinientos cretenses se han ofrecido al gobierno norteamericano para pelear contra España «en las actuales circunstancias».

¡Oh, cretenses!

Según se dice, los cretenses quieren comunicar á los jingoes de Nueva York el secreto del paso ligero que usaron en la reciente campaña turco-helena.

Lo cual es como ir á vender hierro á Bilbao.

O el arte de ser derrotado á Creta.

¡Oh, cretinos!

Con el tiempo han de pactar Mella y Romero Robledo, en vista de que el demonio no quiere pactar con ellos.

El distinguido estratégico Sr. Reparaz dice en un artículo: «¡Ay de los vencidos!»

¡Ay!, sí, y á qué deplorable estado ha llegado la educación clásica en nuestro territorio!

Los Reparaz de otro tiempo hubieran dicho: *Vae Victis!*

El capitán Sigsbee ha recibido una carta retándole á desafío, de nuestro agregado militar de la embajada de Nueva York Sr. Carranza.

El capitán Sigsbee ha archivado la carta en un álbum, considerándola como documento curioso.

El álbum suponemos que habrá sido titulado así:

«Album de honor del capitán del Maine.»

—¿El más cursi de todos los diputados?
—Es el señor de Mella que es dos Mella... dos.

Es preciso enterarse de los términos marinos ahora que sólo de marina se habla en redacciones, casinos, ateneos, salones y saloncillos.
Abro el *Diccionario* de la Lengua y leo:

«Barlovento: m. Mar: Parte de donde viene el viento con respecto á un punto y lugar determinado.»

Bueno. Veamos *sotavento*:

«Sotavento: m. Mar: Costado del navío opuesto al barlovento ó parte por donde da el viento.»

Barlovento: la parte por donde viene el viento y *sotavento* la parte por donde da.

¿Quién resuelve este jeroglífico?

¿Será que el viento en el mar juega al escondite con los barcos y viene por sus costados para dar en el contrario?

¡Oscar Wilde me valga! ¿Será esta el viento?

Lo más cierto y seguro es que el viento no venga por barlovento ni dé en sotavento; sino que los señores académicos no sepan por dónde soplan los vientos.

Convendría enviar una comisión á la escuadra de operaciones, para que en la futura edición del *Diccionario* de la que limpia y fija, supieran á qué atenerse respecto á sotavento.

Que lástima que no hagan á Beránger académico.

Podría ser útil para algo.

Ya se ha descubierto el misterio.

Ya sabemos lo que piensa hacer don Carlos para demostrar su espanolismo.

Entrar en la Florida al frente de escogidas huestes carlistas.

¡Entraban!

Es cosa sabida que los carlistas no van á ninguna parte.

Y ahora nos explicamos la noticia que daban algunos periódicos norteamericanos:

«Los indios de la frontera se preparan á la pelea, entonando sus cantos tradicionales y adornándose con las pinturas de guerra.»

Los reporters yankees han tenido noticia de los arrestos gallardos de D. Carlos, que cantaba el *trágala* en Venecia.

¡Tendrá que ver á Mella pintando á su señor una bailarina en la boca del estómago!



En todas las noticias de los Estados Unidos se lee:

«Corre el rumor», «corre la noticia».

Y hasta ahora lo que real y positivamente ha corrido ha sido un destroyer de la marina norteamericana.

Y corrió de tal modo que no le pudo alcanzar ni el *Ligera*.



La Iberia titula uno de sus editoriales:

«Hasta ahora, nada.»

¡A que no son de la misma opinión que *La Iberia*,—que por lo visto es un diario que no se alarma por poco... ni mucho—los dueños de los barcos apresados?



LIBROS RECIBIDOS

Manuel Pérez.—Novela por D. P. Miranda Carnero, con prólogo de D. Sinesio Delgado.

Dice el Sinesio en su prólogo que el señor Miranda, en su novela, demuestra "exquisito gusto, nobleza de sentimientos, acendrado y puro amor á la observación y al estudio.. Ante testigo, de tanta excepción, sólo nos resta copiar los elogios que á buen seguro serán merecidos, y recomendar la lectura de la obra.

Fausto Psiquis.—Novela de D. Francisco Antich é Izaguirre.

Laborioso, modesto, discreto, el Sr. Antich é Izaguirre ha dado á luz muchas obras, que prueban su gran amor al trabajo y su buena intención.

Cantos crepusculares.—Colección de poesías de D. Santiago Vaurell.

Primer libro de un joven que, como tales, merecen la benevolencia de la crítica, que, seguramente, no se mostrará demasiado exigente con los versos de nuestro amigo.

La Lusitania celtibérica.—Reivindicación histórica por D. Anselmo Arenas López, catedrático del Instituto de Granada.

Dios nos libre de pretender dar nuestra opinión sobre libros de erudición, y más de erudición histórica.

Que los sabios académicos, se las entiendan con él.

UN HOMBRE LISTO

(Del Blätter.)



—No se moleste V., yo...



—De ninguna manera, yo me basto.



¡No faltaba más!



A mí no me la pegan esos jovencuelos...

CORRESPONDENCIA PARTICULAR

Un cualquiera.—

«Te aseguro niña que aun cuando muera, me lleven los diablos al profundo infierno...»

Sería V. capaz de seguir escribiendo versos desde las calderas de Pedro Botero.

El trovador.—Joven, no trove V. más.

Velay.—

Te ofreci un soneto para darme pisto; mas, hoy sí que me pesa, lo confieso; porque... vamos... no he nacido para eso, y saldrá un soneto... ¡Válgame Cristo!

Velay lo que tiene escribir sonetos para darse pisto, sobre todo cuando no se ha nacido para eso. ¡Válgame Cristo!

Asma.—Se lamenta V. ¡ay! en romance de que los traperos no tienen en junto real y medio. ¡Pero cree V. que Martín Esteban va á salir todos los días por esas calles gritando: "Hay trapo y hierro viejo que vender!"

J. S..—¡Me ponen Vds. en unos aprietos! Sus versos no son tan malos como un senador yankee, no, señor; pero para ser publicables necesitarían más originalidad, más picardía. En fin, que no es V. de los del montón de condenados... ni tampoco de los elegidos, por ahora.

Almanzor.—Las composiciones serían igual que las cómicas, para ser publicadas, sólo necesitan ser buenas. Ya ve V. que no somos exigentes.

F. B. S..—El último envío no puedo utilizarlo. Gracias mil por lo demás. Me ocuparé de ello oportunamente.

T. C. M..—(Granada).— ¡Shocking!

J. C..—Bueno; pero ¿dónde está la gracia?

Ismael.—Acaba V. sus estrofas diciendo:

y no veo nada...

y no oigo nada

Ya se conoce que ni ve V. ni oye.

A. P..—Le digo á V. lo mismito que á don T. C. M.

A. M. N. y *L. M. G.*.—Si tuviera espacio lo publicaría para diversión de mis lectores, porque no he visto mayor suma de disparates en toda mi vida.

Kamelokoff.—No hay de qué.

Régulo.—Tres pesetas. De lo otro contestaré pronto.

L. P. B..—Sirve V.; pero esto no quiere decir que sirva todo lo que V. escriba.

A. Mobordotoix.—Envíe V. dibujos á la pluma y probablemente se aprovechará alguno.

El Padre Prior.—Todo eso que V. dice no le importa á nadie, y respecto á lo que á V. importa y pregunta, contestado está en números anteriores.

Un Ovetense.—No publique V. el libro hasta dentro de diez años. Es consejo de amigo, pero ya sé que V. no lo seguirá.

Pepe Paz.—La poesía es bonita, pero por su carácter no es publicable en este periódico.

J. R..—(San Ildefonso).—Usted mismo dice que el cuento es viejo, y yo le digo que tiene poca gracia. ¡Lástima de versos tan mal empleados!

C. mayúscula.—X S X.—C. R. B.—E. E. R. (Avilés).—F. B. V.—Juan Nelo.—K. de T.—Zeraus.—P. P.—A. R. F.—Platon.—F. L. C.—

No puede aprovecharse nada de lo que ustedes envían. Y perdonen les conteste en montón, pero no hay sitio ni lugar para más.

AGUA DE LA MARGARITA EN LOECHES. — Anticropulosa, antihéptica, antiséptica, antibiliosa, antiparasitaria y reconstitutiva. — Según la clínica, está probada de una manera indudable la acción verdaderamente específica del agua LA MARGARITA por la prontitud y seguridad con que cura la influenza ó de que en sus distintas manifestaciones y formas diversas que reviste, y de tal manera actúa el agua de LA MARGARITA en esta enfermedad, como en la erisipela, prorigomentagra, etc., y demás parasitarias, que aplicada el agua en los primeros momentos, produce un efecto verdaderamente abortivo. Como medicamento de causa, es un gran medio preservativo en los casos que reúnan epidémicamente, ó sin esta circunstancia, para la tuberculosis, siempre que haya señales de una evidente predisposición á ella en los niños y en los adultos. Débase esta gran eficacia de este precioso medicamento, según la ciencia médica, á una acción peculiar de conjunto y que no puede otorgarse á ninguna otra agua más ó menos similar, y mucho menos á las falsificadas, aunque se llamen naturales. Una cucharadita en cada comida da apetito y preserva de cólicos. Por todo esto el Doctor D. Rafael Martínez Molina, primero, y muchos otros después, han dicho que con esta agua se tiene LA SALUD A DOMICILIO y de ahí su grandísima venta de más de dos millones de purgas. Instrucciones, datos, etc., en el UNICO DEPOSITO CENTRAL, Jardines, 15, bajos. — VENTA EN TODAS LAS FARMACIAS Y DROGUERIAS DEL REINO Y EXTRANJERAS.

BICICLETAS
LOZANO
14, Paseo de Recoletos, 14
Velodromo de aprendizaje,
28, Paseo de la Castellana, 28.

SÁNDALO SOL
El mejor remedio y más económico para la curación rápida y segura de los flujos de las vías urinarias. Frasco, 2,50 ptas.
Venta en todas las Farmacias.

RELOJES CHQUITOS
DE ACERO «NEGRO»
CON INICIALES Ó NOMBRE, CADENA Ó ESTOQUE,
DE 25 pesetas EN ADELANTE
CARLOS COPPEL
25, Puencarral,
Fijarse bien, únicamente en el núm. 25
CATÁLOGO ILUSTRADO GRATIS
Esta casa garantiza la buena marcha de sus relojes. Los que no marchen bien se cambian por otros.



Los dolores de estómago, cindria é indigestión, los vómitos, náuseas, etc., que se manifiestan al tomar la comida, se curan con el **PÓLVOS DE D. KUNTZ ESTÓMAGO ARTIFICIAL**.
Caja 7,50 pesetas.
Madrid, Farmacia Avenida 2.
Barcelona, Rambla de las Flores 4.

SE VENDEN máquinas universales é indispensables de **MARINONI**.
Divino Pastor, 17, 1.ª derecha.

CHOCOLATES Y CAFÉS
DE LA
COMPañIA COLONIAL
—*—
TAPIOCAS-TES
SE RECOMPENSAN INDUSTRIALES
DEPÓSITO GENERAL
Calle Mayor, 18 y 20
MADRID

ESPUELAS «COOK» indispensables á los ciclistas para subir cuestas. Un par 10 ptas, 3 pares 25 ptas. Se envían certificado 25 cts. más. Atocha, 36, 2.ª

Pedid en todas partes el célebre
AÑIS DEL MONO

CARTÓN CUERO PARA TEJADOS
MADRID: Calle de San Bernardo, 14
BARCELONA: Roviralta y C.ª — Ancha, 24.

Verdadero papel **SUSINI**.
Pectoral higiénico. — Ceniza blanca.
VENTA AL POR MAYOR Y MENOR
MADRID: Calle de San Bernardo, 14.
BARCELONA: Roviralta y C.ª — Ancha, 24.

FABRICA DE
GALLETAS Y BIZCOCHOS DE FANTASIA
DE
VENANCIO VÁZQUEZ
Pedidas en todos los ultramarinos y hoteles.
Despacho central: Cuatro-Calles
MADRID-POZUELO

PASTILLAS BONALD
Cloro-boro-sódicas á la cocaina.
Lo más eficaz que se conoce para la curación de las enfermedades de la boca y de la garganta (anginas, tos, ronquera).
Los médicos las recetan y el público las conoce y distingue de los plagios.
Se venden á 2 pesetas caja en la farmacia del autor, Nuñez de Arce, 17 (ANTES GORGUERA), y en las principales de España.

¡¡¡Hermosas!!! conservad vuestra dentadura usando la
PASTA DENTIFRICA EXCELSIOR
única que os puede satisfacer y dar positivos resultados. CARIES, SABRO, MANCHAS, todo desaparece. El gante caja de cristal.
PTAS. 1,25 en el único depósito en Madrid,
DROGUERIA CENTRAL
Jacometrezo, 60.

MADRID CÓMICO
Oficinas: Palma Alta, 55, dup.
DE 10 Á 12 MAÑANA Y DE 4 Á 5 TARDAS
PRECIOS DE SUBSCRIPCIÓN
EXTRANJERO Y ULTRAMAR
Subscripciones sólo por año.
Un año..... 17 pesetas.
PROVINCIAS Y PORTUGAL
Subscripciones sólo por año.
Un año..... 11 pesetas.
MADRID
Trimestre..... 2,50 pesetas.
Semestre..... 5,00 id.
Año..... 9 id.
A los corresponsales de la Península.
Número..... 0,15 pesetas.
Del Extranjero ó Ultramar.
Número..... 0,20 pesetas.
FRANQUEO Á SU CARGO

Inofensivo, suprime el Copal, la Guibaylas inyecciones. Cura los flujos.
SANTAL MIDY
48 HORAS
Muy eficaz en las enfermedades de la vejiga: Cistitis del niño, Catarro de la vejiga, Hematuria. Cada Cápsula lleva el nombre **PABLO**.
PARIS, 8, rue Violaine,
y en las principales Farmacias.

DROGUERIA Y FARMACIA de los Hijos de Carlos Uzurrun. — Esparteros, 9.